

Lo que se deriva de que no haya sido la mujer quien asesinó al padre (1928)

Lou Andreas-Salomé^{1*}

Nuestro título se refiere a la hipótesis de Freud que postula que el crimen original del hombre consistió en el asesinato del padre, crimen no sólo cometido en algún momento de la oscura prehistoria de la horda primordial, sino que perpetuado a cada momento, por la repetición en el pensamiento infantil del hijo, cuyo lazo con la madre ofende al padre.

Si ese es el caso, el hecho de que las hijas no estén mancilladas por esta falta original no puede dejar de tener consecuencias. Incluso al tomar el caso inverso, donde la competencia por la madre puede dar ocasión a impulsos similares, el resultado no es el mismo, ya que la madre no tiene la misma significación: ella es, para ambos sexos, el seno del cual ambos descienden, pero no la misma ley que regula su vida posterior. Al asesinar al padre de la tribu, la horda primordial asesina al amo de su mundo, a su escala normativa, al modelo que determina el futuro de los miembros de la tribu; es por eso que es todavía él quien es restituido de manera póstuma, en un vuelco lleno de arrepentimiento y una obediencia completamente incondicional.

1 Traducción de Cristóbal Durán y Manuela Valdivia. La presente traducción fue realizada a partir de la edición francesa: "Ce n'est pas la femme qui a tué le père", en: Lou Andreas-Salomé, *L'amour du narcissisme. Textes psychanalytiques*, Paris, Gallimard, 1980, pp. 187-195. El texto original lleva por título "Was darauft folgt das es nicht die Frau gewesen ist, die den Vater totgeschlagen hat", y fue traducido al castellano con el título "Sobre las consecuencias de que no fuera la mujer quien matara al padre" (En: *El narcisismo como doble dirección. Obras psicoanalíticas*, edición a cargo de G. Dessal y G. L. Koop, Barcelona, Tusquets, 1982.)

¿Qué sucede para que dicho arrepentimiento y dicha sumisión erijan al padre en juez, en amo de la gracia, cada vez más divinizado, y para que la obediencia se convierta cada vez más en adoración? Sólo a partir del erotismo se conoce inmediatamente el proceso de divinización; el erotismo es una embriaguez de la sobreestimación. Sabemos que Freud ha venido describiendo desde hace tiempo el tipo masculino del amor, es decir precisamente el tipo de la agresión, como aquel que procede por “apuntalamiento”, como aquel que apenas puede satisfacerse en su sobreestimación del objeto amoroso y que sólo está seguro de su propio valor mediante el amor correspondido. En el origen, nada nos capacita para ello. Primero reposamos casi sin estar separados de nuestro ambiente, tal como antaño en el vientre materno, por así decir; ambiente que a la vez englobamos en nosotros al estar incorporados en él. Freud calificó como narcisismo a este trasfondo sensible, impulsado a encontrar contactos con el exterior sólo gracias a una conciencia creciente y a la distinción entre el yo y el mundo que ella implica: impulsado a dividirse entre el amor de sí consciente y unos “puentes” que el amor arroja hacia los objetos exteriores. Alcanzamos tempranamente estos contactos en la experiencia corporal; en nuestra corporalidad tenemos esa parte del mundo exterior que, por un lado, sólo podemos conocer indirectamente, como otros elementos extraños del mundo, y que, por otro, nos representa, inviolablemente, a nosotros mismos, a nuestro “yo”; por consiguiente, lo corporal une, de forma permanente, la inquietante línea divisoria a nuestro narcisismo y la línea de unión que nos hace conservar durante la vida una justificación narcisista en un último punto, que mantiene enredados al mundo y al yo aunque nuestra conciencia los haya separado uno frente a otro. En el amor fundado corporalmente, en su pasaje al objeto individual extranjero, el antiguo parentesco originario se vuelve para nosotros un hecho vivenciado nuevamente y, en agradecimiento, nuestro amor de sí, vuelto pródigo, inunda al objeto inspirador con una sobreestimación enorme, haciendo de él, momentáneamente, el portador y la suma de

todo, como creíamos serlo nosotros mismos en el comienzo. Ciertamente, este juicio errado se viene abajo junto a su causa, la embriaguez erótica de la sangre, para reaparecer, también esporádicamente, con ella y en ella.

Para que dicha sobreestimación pueda tener lugar más allá de la embriaguez de lo corporal, que nos explica el proceso de la divinización, parece que ser necesario que ella tenga que acompañarse del acontecimiento de la falta. Sólo ésta abre en el narcisismo la necesaria brecha sensible que corresponde al desarrollo objetivo de la conciencia. Lo que quería hacerse un lugar de manera narcisista, al pensar al padre fuera del mundo, es precisamente por eso conseguido de manera mortal, suprimiendo lo que era más parecido a él, su propia imagen futura, y entrando en conflicto consigo mismo. En el nivel del sentimiento, la falta es, en primer lugar, el hacerse-consciente de que no se es “todo”; es sólo por ella que se pierde algo para devenir algo; lo que se debe llegar a ser se eleva a una altura enorme para hacer espejear desde lo alto lo que ya se creía ser. Un poco abstractamente, se podría decir también: la extensión del ser-todo se alza en la línea vertical de la *evaluación*, de aquello que es digno de ser estimado por encima de todo. Sólo se evalúa a partir del momento en que se compara, cuando lo que es cuantitativamente exclusivo, lo indivisible, que se representaba delante de sí mismo, tiende a ser remplazado cualitativamente. La pretensión de ser-todo se transforma en invitación a hacer esfuerzos; el deseo infantil se vuelve acción viril en la vida.

Casi podemos decir, en la medida en que sólo se puede hablar de estas cosas de una manera esquemática y simbólica, que el sexo femenino está poco preocupado por esta renuncia a la posición horizontal narcisista que actúa como la más fuerte estimulación en una ascensión sometida a los valores. El sexo femenino, por así decir, no abandona por completo el amor del padre, al cual el sexo masculino debe primero readaptarse. Para usar la terminología de Freud: en la mujer, el deseo

de incesto tampoco debe ser totalmente superado como en el caso del hombre, de igual modo que la amenaza de castración se vuelve absurda para ella. Sin duda, la mujer también sobreestima su imago paterna, incluso de un modo aún más total que el hombre, pero ella lo hace con menos conflicto. La embriaguez de la sangre que diviniza al objeto no hace más que espiritualizarse hasta el extremo; de alguna manera, ella nunca pierde completamente su última y tierna intemperancia, siempre nutrida por el parentesco corporal originario, por la filiación con el padre (= con Dios). A través de este dato interior, todo el resto del desarrollo del ser se cumple al interior de lo originario, ahí se armoniza y se margina al mismo tiempo; incluso aunque este desarrollo aumentara en sus dimensiones, por muy amplio que fuera este aumento, el elemento circular no sería destruido necesariamente. Excepto que mientras más reducidas se encuentren las dimensiones, proporcionalmente más se contrae el círculo; excepto que lo corporal, poco elaborado en la experiencia humana, gira de manera tanto más ebria alrededor de sí mismo como si fuera alrededor de su pura individualidad. Pero poco importa que el volumen de lo femenino sea mayor o menor, en cualquier caso no es totalmente errado decir que al sexo femenino le falta en su totalidad el verdadero sentido intuitivo del rigor moral y del orden legal, de lo que determina desde el exterior, de lo imperativo; se diría que la mujer tiene por sobre el hombre, quien reacciona con más sensibilidad, la ventaja de una suerte de prosaísmo: pues ella sitúa su legalidad y su orden en otra parte.

En comparación con esto, el hombre se sitúa entre la falta y el deseo, entre el espíritu natural de rebelión, que quisiera deshacerse de todo lo que le molesta como de un enemigo, y el impulso a subir de un escalón al otro en la contienda represiva de sus propias evaluaciones. Es por eso que sus criterios guardan ese rigor tan grande que sólo puede manifestarse imperativa y categóricamente para no perder su sentido estimulante. Orientado totalmente hacia la acción, el hombre se caracteriza mejor en el punto decisivo de su

iniciativa en cuanto es capaz de ser quien se inclina, se ofrece y se sacrifica. Mas aún, casi roza la actitud de la mujer: es interesante ver que a partir de ahí, la característica de los sexos puede casi invertirse sin disminuir la profunda diferencia de sus respectivas naturalezas. Porque cumpliéndose plenamente, cada sexo alcanza las fronteras del otro: yendo más allá de sí mismo se cumple en lo humano esencial que, al cumplirse en una división estimulante, no por ello deja de ser el fundamento uniforme de todo.

Ahora bien, ¿dónde reside, para la mujer, ese punto tan fecundo en el que ésta se abre para sobrepasarse a sí misma? Una vez más, dicho punto en lo corporal, y sólo a partir de ahí, en todas las demás relaciones. Es la maternidad la que permite a la mujer vivir en su medio más femenino hasta el final, de manera tal que al crear a partir de ella un nuevo círculo de vida, ella parece aproximarse a una acción de naturaleza masculina: engendrar, nutrir, proteger, guiar. Desde siempre, la mujer suscita así los celos del hombre, como si ella pudiera alcanzar algo que se asemeja a él, y al mismo tiempo que se le escapa de la manera más inaccesible en el misterio del cuerpo, al igual como su propia madre representaba para él lo inaccesible de la belleza. Ciertamente, así la mujer se vuelve para el hombre, más una imagen simbólica que un individuo real, la última imagen de una pertenencia que está más allá de todas las diferencias humanas, inexpresable por la conciencia. Pero el hecho de que se sitúe justo entre la creatura y lo que sobrepasa a la persona no es acaso un componente, sin duda indeleble, de la concepción de lo femenino, lo que permite pensar que se mantiene como problemático en su personalidad. Sin duda, esta manera de ver se sitúa entre los más antiguos lugares comunes jamás emitidos sobre este asunto, aunque es la característica de estos últimos ser siempre exactos.

Ahora bien, es igualmente cierto que de esto resulta algo hiriente para la mujer, pero sólo a largo plazo; este no era el caso mientras existía plenamente intacto, al costado de su cualidad de

creatura, el Dios (el padre) arcaico a quien ella primero pertenecía, es decir, de quien ella era inseparable, incluso por el hombre. En el momento en que el culto divino se transformó en culto humano, cuando el ser intermedio que oscilaba entre la prostituta y la madona se transformó en esposa digna, ella se volvió susceptible de ser ofendida. Quizás algo en ella recordaba el hecho de que antaño la monogamia debía ser expiada y pagada como una impudicia personal antes de poder volverse una institución matrimonial (de lo que dan testimonio, desde hace mucho tiempo, las prerrogativas de la noche de desfloración reservadas al sacerdote, representante de Dios, al rey, al terrateniente, etc.). Con la posibilidad de la esclavitud de los hombres por parte de sí mismos debió nacer un ímpetu de igualdad (la “envidia del pene”), una competencia que intentaba obtener derechos; sea lo que la mujer escoja, ella sabe muy claramente que sus fuentes más antiguas e íntimas inevitablemente se agotan; ella atraviesa así la barrera de la aridez y del tormento de los conflictos que, en la ambición revolucionaria y en la culpabilidad, la alienan de sí misma; en resumen, ella comienza a asesinar al padre.

¿Qué podemos concluir de todo esto respecto de los lazos entre los sexos? Sin duda y en primer lugar, que es importante no creer que se pierde la singularidad de uno en detrimento del otro – según el método confirmado de abrasión y nivelación recíprocas –, sino permitir a esta singularidad ampliarse y profundizarse con la mayor libertad posible hasta los confines de la naturaleza del otro, para comprenderlo intuitivamente a partir de allí. En lugar del ordinario y nocivo ideal matrimonial de la exclusividad casi forzada, esto significaría para el hombre, por ejemplo, que no esté alejado de un contacto verdadero y audaz con sus semejantes; tal como sucede con los niños, que inmediatamente vuelven a la mujer como un don natural – acción social de la cual ella está investida y en la que ejerce las virtudes “viriles” de guiar, proteger y de crear –, la actividad del hombre necesita, evidentemente más allá del círculo familiar, crear con y para sus semejantes, y esto en

un grado tal que la actividad y la capacidad que ahí se ejercen alcanzan la devoción “femenina” en la alegría del sacrificio. Pero en el caso de la mujer, si el matrimonio debe ser para ella más que un prejuicio burgués o un concubinato que dura por azar, ella debe amar todavía en el hombre al hijo del *padre*, el hijo de aquel en quien ella sigue descansando como sobre el fondo originario de su última comunidad, que por sí sola hace posible verdaderamente al hermano y a la hermana, y no sólo a los esposos. ¡Así ciertamente, ya no faltaría nada para que el “incesto” fuese cumplido por doquier! Y es por ello que los dos esposos conocen la consagración y el apego verdaderos en el tercero, en el padre: pues aun la veneración más auténtica, incluso la divinización de lo femenino no es más que una veneración transferida. Ella pasa por la viuda del padre.

Artículo recibido: Junio de 2009.